

# Extraños tocan a la puerta

Nicole Suárez Romo<sup>4</sup>

Clara solía trabajar tres días en casa de la señora Susana. Su trabajo consistía en limpiar, cocinar, y lavar la ropa. Todo en silencio para no despertar a su jefa que siempre dormía. En el poco tiempo que llevaba trabajando solo la había visto dos veces: cuando la contrató y le dio la lista de tareas, y una tarde, mientras tendía ropa, en que la vio pasar como un fantasma, sin hacer ruido y con el cabello cano suelto. La señora bebió agua en la cocina y luego regresó.

Desde ese día Clara dejaba una jarra con agua y un vaso en una mesita fuera de la habitación de la señora. Empezó a ayudarla en todo, porque los extraños hábitos de su jefa le parecieron lamentables. Aquella pequeña y solitaria mujer, que permanecía despierta toda la noche y nunca salía de casa. Sin saberlo, empezó a tomarle cariño. Clara hacía su trabajo con tanta dedicación porque imaginaba que la señora por las noches sonreiría al ver todo tan pulcro. A veces ella cerraba los ojos e intentaba recordar con detalle el rostro de su jefa. La señora tenía los ojos negros brillantes, el cabello blanco y las manos llenas de manchas y arrugas. Aun así, le parecía una mujer hermosa. Clara se imaginaba como ella para cuando llegara a esa edad, con una linda casa y con mucho tiempo libre.

Adoraba permanecer en el antiguo y elegante

111

---

4 Guayaquil, 1997. Estudiante del octavo semestre de la carrera de Literatura de la Universidad de las Artes. Ha publicado en dos antologías de cuentos: *El gato de Schrodinger* (2016) y *Tela de araña* (Editorial Rasguño 2017). Es cofundadora del fanzine de microliteratura *Pizpireta*.

hogar de su jefa. Un lugar lejos de todo y rodeado de árboles que la hacía sentir segura. Le parecía que la pequeña casa se amoldaba a ella a la perfección. Como la señora Susana dormía todo el día, Clara podía tomarse ciertas atribuciones. A veces movía los muebles a su gusto, o quitaba las extrañas decoraciones de la señora y las cambiaba de lugar, o buscaba entre sus cosas, sin llegar a encontrar nada sobre su jefa. Esa soledad le recordaba, que, aunque el lugar parecía ser suyo durante el día, había una mujer que siempre dormía en la casa.

El saber que acompañaba a la señora animaba a Clara. Siempre la emocionaba tener contacto con su jefa, se reflejaba en la soledad de aquella mujer y con anhelo buscaba escuchar su voz y ver su rostro. Es por eso que cuando encontró un papel en el mesón, que parecía ser una lista de tareas, no dudó en cumplirla a cabalidad, aun cuando la señora le pedía algo extraño.

La única petición escrita en el papel era que Clara dibujara una cruz de sal fuera de la casa. Ella no cuestionaba nada a la señora Susana, es por eso que lo hizo. Salió de la casa y dio unos pocos pasos, y aunque nunca había nadie cerca, sintió vergüenza cuando se arrodilló y con la mano temblorosa dibujó la cruz con la sal brillando por los reflejos del sol de media tarde.

Cuando Clara entró a la casa, encontró a la señora Susana sentada en el pequeño y elegante mueble de madera que dominaba la estancia. Clara nunca la había visto así, y le pareció que ahora la casa ya no combinaba más con la señora, sino con ella. El rostro pequeño de su jefa no se parecía al de sus recuerdos, ahora sus ojos negros eran opacos y su cara era vacía. De pronto parecía que la señora Susana sentía dolor, y quizás locura.

Fue entonces cuando la señora empezó a contarle sobre los golpes a la puerta, y cómo había decidido contratarla para sentirse acompañada. Aunque al inicio casi no podía escuchar los golpes, luego se volvieron incesantes y desgarradores, alguien quería entrar a la casa, afirmaba la señora Susana y aunque sentía curiosidad, no se atrevía a ver, quizás Clara podía, sugirió su jefa. Mientras, ella no lograba entender cómo había permitido que esto llegara a tanto. Los golpes en la puerta la habían obligado a no dormir, y a encerrarse en su casa a no hacer nada más que escucharlos.

La soledad y el miedo de la señora Susana la hacían parecer una niña a la que Clara quería proteger. Por eso decidió quedarse esa noche a escuchar los golpes, y advertirle a quien sea que la señora ya no estaba sola. Esa tarde, mientras esperaban a que anocheciera Clara preparó la cena, y las dos comieron una frente a la otra en el comedor, y ella respondió todas las preguntas de la señora Susana, a quien ahora consideraba una amiga. Podía imaginarse viviendo con su jefa, y cuidándola hasta su muerte, y después siendo la dueña de esa gran casa, y teniendo ahí una familia.

Llegada la noche fue cuando sus fantasías se dispersaron por el sonido de los golpes. Al principio eran pequeños toques, como suaves nudillos contra la madera. Después se volvieron ensordecedores, hasta el punto en el que Clara no podía diferenciar si el sonido venía de afuera o de dentro de la casa. La señora Susana ya no parecía tener miedo, se entretenía susurrando una especie de rezo con las manos abiertas.

Frente a la puerta, Clara escuchaba los golpes y notaba como la madera vibraba y parecía extenderse hasta ella como si quisiera acariciarla, y luego con un golpe sordo regresaba a su lugar. Parecía

que allá afuera había muchos extraños en la puerta, y con desesperación, como si su vida dependiera de ello, querían entrar. Clara se dejó llevar por la curiosidad, sujetó la aldaba y escuchó los susurros de su jefa hacerse más altos. La puerta parecía agrietarse por los golpes, y sin dudarlo la abrió.

Frente a ella, de pie sobre la cruz de sal, estaba una mujer.

Esa figura exterior la miraba, y Clara no lograba entender cómo aquel ser podía parecerse tanto a ella. La misma altura, el mismo cabello, y la misma mirada horrorizada con un extraño brillo en los ojos. Regresó a ver su jefa, pero ya nadie la acompañaba. Estaba sola en la casa, y frente a ella ese ser familiar se acercaba.

Asustada intentó cerrar la puerta y dejar fuera a su igual, pero en el movimiento notó sus manos, que ya no parecían ser suyas. Ahora tenía pequeñas manos de manchas oscuras y arrugas, con los nudillos enrojecidos y abiertos. La mujer que era ella entró a la casa, reconoció su tímida sonrisa en el rostro de esa otra mujer.

Con suavidad la sujetó del codo y ella se dejó llevar. Llegaron a la habitación de la señora Susana y con cariño fue acostada en la cama. Ahora ese lugar se sentía propio. La mujer le preparó la jarra con agua y se sentó junto a ella, le acarició su ahora cabello blanco, y esperó a que al fin se durmiera, para escapar.